



Instituto de Industria

# III<sup>o</sup> JORNADAS DE ECONOMIA POLITICA

**9, 10 y 11 de noviembre de 2009**

Campus UNGS: Juan María Gutiérrez 1150,  
Los Polvorines, Prov. de Buenos Aires

**“POR LA BUENA O POR LA MALA”. REFLEXIONES SOBRE LA  
RELACIÓN ENTRE MILITANCIA SINDICAL Y GUERRILLA EN  
EL CASO DEL ASTILLERO ASTARSA DE TIGRE, 1973-1976.**

FEDERICO LORENZ

[www.ungs.edu.ar/ecopol](http://www.ungs.edu.ar/ecopol) [jornadaecopol@ungs.edu.ar](mailto:jornadaecopol@ungs.edu.ar)

Tel. (5411) 4469-7552 o 4469-7500 int. 7255

**III Jornada de Economía Política**  
**Área de Economía Política – Instituto de Industria**  
**Universidad Nacional de General Sarmiento**  
**Mesa “Formas de organización y lucha de la clase trabajadora en la Argentina del siglo**  
**XX (con especial énfasis en el lugar de trabajo)”**

**Título de la ponencia: “Por la buena o por la mala”. Reflexiones sobre la relación entre militancia sindical y guerrilla en el caso del astillero ASTARSA de Tigre, 1973-1976.**

**Autor: Federico Lorenz (IDES-UNGS). E – mail. [federicoglorenz@gmail.com](mailto:federicoglorenz@gmail.com).**  
**Domicilio: Arenales 214 CP 1704 - R. Mejía (Buenos Aires). Teléfono: 4656 6678**

<b>BORRADOR PARA DISCUSIÓN. POR FAVOR NO DIFUNDIR NI CITAR SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DEL AUTOR</b>
----------------------------------------------------------------------------------------------------------

El 24 de mayo de 1973 un trabajador naval tuvo un accidente de trabajo que le costaría la vida unos días después. José María Alesia era ayudante de calderería en los astilleros ASTARSA, ubicados en Tigre, y se ocupaba de realizar soldaduras entre los compartimientos estancos de un barco en construcción. El accidente, en vísperas de la asunción del Héctor J. Cámpora, motivó la toma del astillero por parte de un grupo de militantes sindicales de orientación clasista que un año antes había organizado una agrupación que disputaba la conducción del sindicato naval zonal, el SOIN (Sindicato de Obreros de la Industria Naval). Unos días después, el Ministerio de Trabajo obligó a la empresa a reconocer todas las demandas de los huelguistas. En el transcurso de la toma, la Agrupación había adoptado el nombre de su compañero muerto, y se había definido como parte de la Juventud Trabajadora Peronista, el flamante frente de masas sindical de la organización guerrillera Montoneros.

La toma de ASTARSA se inscribió en un proceso generalizado de tomas de establecimientos y tuvo un importante peso simbólico en las luchas políticas de los años setenta. Los astilleros, ubicados en Tigre, empleaban cerca de mil quinientos hombres: la mitad eran obreros metalúrgicos, y el resto, navales. Era una de las principales fuentes de trabajo de la Zona Norte del Conurbano bonaerense.

El grupo de trabajadores opositores a la conducción del SOIN, siguiendo una línea política común a muchas agrupaciones de la época, hizo hincapié en la democracia sindical y en la mejora de las condiciones de la higiene y seguridad del trabajo. Entre sus primeros integrantes había hombres provenientes de distintas experiencias políticas, desde el marxismo al

peronismo. Pero las mayores coincidencias entre ellos eran su juventud (que los distinguía y agrupaba frente a los demás trabajadores), y que mayoritariamente vivían en los barrios de las cercanías del astillero.

La toma exitosa transformó a la Agrupación Alesia en un referente para otras comisiones internas de la zona. Sus integrantes protagonizaron y condujeron muchos de los hitos en las luchas obreras de los años setenta: la confrontación con la “burocracia sindical” de la CGT, las movilizaciones por el Rodrigazo y el golpe del 24 de marzo de 1976. Ese protagonismo y su alto grado de actividad y combatividad los transformaron en uno de los objetivos centrales de la represión en la zona con anterioridad al golpe de Estado, pero con una intensidad y extensividad sin límites de ningún tipo a partir del derrocamiento de Isabel Perón.

En ese proceso de lucha, esta agrupación de trabajadores apeló a los recursos políticos que su pertenencia a una organización político militar les ofrecía: respaldo simbólico, o material, logístico y humano, así como la posibilidad de emplear la violencia armada en el desarrollo de sus luchas.

Esta presentación propone explorar las relaciones entre sindicalismo y guerrilla a partir de algunas de las situaciones que este grupo de trabajadores navales enfrentó; situaciones frente a las que se ofrecieron distintas posibilidades y formas de lucha. El análisis de las opciones tomadas frente a ellas nos permitirá abordar algunas cuestiones centrales para los estudios sobre el sindicalismo –y más ampliamente la lucha armada- de los años setenta. Entre ellas, las características de la militancia sindical que tomó la lucha armada como una de sus herramientas. Más que como un espacio de contradicción, una tendencia recurrente en los análisis sobre la época, proponemos pensar las relaciones entre organizaciones armadas y sus frentes sindicales como un espacio de articulación de experiencias y prácticas de lucha política.

### **Crecimiento**

Los primeros meses posteriores a la toma fueron de una clara hegemonía en el astillero por parte de los integrantes de la Agrupación. Se hallaban en una posición de fuerza no sólo ante los empresarios, sino frente a la conducción del gremio. En este plano, desconocían la autoridad del sindicato; las asambleas se hacían en planta y no en la sede gremial. Se trataba de un *statu quo* en el cual ninguna de las facciones lograba imponerse. Según uno de sus integrantes “la negociación pasaba por la Agrupación. En realidad la Agrupación era un

sindicato paralelo”.<sup>1</sup> Sin embargo, no consiguieron avanzar en el control del sindicato. En noviembre de 1974 una asamblea que lograron convocar para votar los integrantes para la Junta Electoral que elegiría las nuevas autoridades del gremio, derivó en la intervención del sindicato cuando algunos matones del SOIN iniciaron un tiroteo. El Ministerio de Trabajo intervino el sindicato, y colocó como interventor a uno de los que había iniciado el tiroteo. A partir de ese momento comenzó una extraña convivencia:

Lo que sigue es que nosotros usamos a López [el interventor] y López medio nos usa a nosotros. Desde lo legal teníamos que pasar por López como interventor. Cuando se hace la asamblea para elegir al *Chango* y al *Tano*<sup>2</sup> como paritarios, está López y no dice nada. Se tiene que tragar todo. Después cuando se homologa, los acuerdos, va y firma. Quien lleva adelante las discusiones paritarias es la Agrupación.<sup>3</sup>

Esta relación, que reconocía de hecho el peso de la Agrupación Alesia al interior de los astilleros, era también su límite: la legalidad estaba del lado de sus antagonista política, la “burocracia sindical”, que siempre tenía como herramienta la posibilidad de expulsar del gremio de los activistas, y el recurso de apelar al Ministerio de Trabajo como árbitro.

Por debajo de ese acuerdo de necesidad, la lucha comenzó a seguir otros canales cada vez más violentos y sordos. Frenado legalmente el avance de la Agrupación, el paso siguiente por parte de la “burocracia” fue el ingreso como empleados del astillero de militantes vinculados a la derecha peronista que ocupaban puestos claves en las empresas, como los de Seguridad o Personal, lo que a la vez revela un acuerdo entre las conducciones patronales y sindicales frente al “enemigo común”.

Este clima de guerra fría, por otra parte, mostraba que los espacios conquistados desde junio de 1973, al no poder ser extendidos, comenzaban a verse amenazados. De este modo, el predominio ganado con la toma de la planta, mostraba a finales de 1974 un cierre en las posibilidades de ganar la conducción del Sindicato.<sup>4</sup> ¿Qué otras herramientas del repertorio de una organización político militar podían ser utilizadas en esta lucha?

### **Por la mala**

Una de las fotografías de la toma de ASTARSA muestra un obrero sosteniendo una pancarta que afirma que “Por la buena o por la mala ganaremos la batalla”, coronada por una ametralladora de juguete. Se trata de una apelación a uno de los componentes de la política

---

<sup>1</sup> CET, *Navales*, p. 39.

<sup>2</sup> El *Chango*, Juan Sosa, y el *Tano* Martín Mastinú, eran los dos referentes de la Agrupación. Sosa se exilió en 1976. Martín Mastinú está desaparecido desde el mismo año.

<sup>3</sup> CET, *Navales*, p. 6

<sup>4</sup> En la Zona Norte, la JTP ganó la conducción mediante elecciones sólo en el sindicato de ceramistas. Su referente, Juan Carlos Bache, fue asesinado en 1973.

vigentes en la década del setenta: la lucha armada, y permite pensar el lugar de la violencia dentro de las luchas sindicales de la época. Esto, por supuesto, no puede ser analizado si no se tienen en cuenta las prácticas violentas preexistentes en las luchas obreras, que pasaban por los modos de acción directa y, más informalmente, por el ejercicio del poder mediante matones y “pesados” al interior de los establecimientos y sindicatos. Pero la fuerza de las organizaciones armadas en la política argentina desde comienzos de la década del setenta y el refuerzo de los grupos sindicales y paramilitares que los enfrentaron produjo un salto cualitativo en las mismas.

En mayo de 1974 comenzaron los ataques sistemáticos contra los frentes más expuestos de la izquierda marxista y peronista.<sup>5</sup> En el caso de la militancia sindical, las agresiones se extendieron a todos los grupos que buscaban plantearse como una alternativa de poder al sindicalismo histórico. El objetivo de esta violencia era simple: aislar a la vanguardia obrera y a los militantes más expuestos y conocidos del grueso de los trabajadores. La amenaza de las bandas parapoliciales y de matones sindicales no sólo lo era para los militantes más activos, sino para sus círculos más próximos. Cada golpiza o asesinato era una advertencia. De allí también la espectacularidad de esas matanzas: cuerpos acribillados a balazos o desfigurados por las torturas que aparecían en zanjones o descampados.

Una consecuencia secundaria de estas acciones era la discusión al interior de las filas obreras entre aquellas agrupaciones de izquierda que criticaban la lucha armada y otras, como la JTP, que se asumían como frente de masas de una organización político militar, que a la vez comenzaba tanto a responder como a realizar ataques como parte de su estrategia.

Esa extensividad, que a la vez era selectiva, de la violencia sobre los militantes de base territorial y sindical más importantes (ya que era más “difícil” asesinar o amedrentar a los cuadros armados, que podían responder “de igual a igual”) fue decisiva para destruir a las agrupaciones combativas. La Agrupación Alesia fue tanto blanco de las prácticas de hostigamiento como productora de hechos de violencia semejantes.

El primer asesinato político que tocó de cerca de los trabajadores navales de ASTARSA fue el de Oscar Dalmacio Mesa, acribillado junto a otros dos militantes, Tony Mosse y *Tony Zidda*. Los habían secuestrado el día anterior, 29 de mayo de 1974 junto a otras tres militantes al defender de un ataque el local del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) en el que mantenían una reunión.<sup>6</sup> Mesa era delegado en la sección metalúrgica de ASTARSA, una

---

<sup>5</sup> De aquí la importancia de proponer periodizaciones históricas que sometan a crítica el hito simbólico constituido por el 24 de marzo de 1976, que coloca en un segundo plano el proceso que venimos describiendo.

<sup>6</sup> Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2006, p. 75.

fortaleza inexpugnable de la burocracia sindical, y había participado en la conformación de la Lista Gris opositora de la UOM junto a integrantes de otras fuerzas políticas. En los inicios de la Agrupación, había integrado el Frente Único Clasista. No era la primera muerte en la zona: el año anterior, en agosto de 1973, habían matado a Juan Carlos Bache, de los ceramistas. También en noviembre de 1973, Mars, militante de la UTA y afiliado a la JTP, había sido secuestrado y brutalmente torturado, tras lo cual lo liberaron. Si la zona era un hervidero de agrupaciones de izquierda, como contrapartida se transformó en un foco para la persecución por parte de la derecha peronista.

En el expediente de la DIPBA<sup>7</sup> donde se informa sobre el asesinato de Mesa y sus compañeros se incluye un recorte del diario *Noticias* que aunque sin fecha precisa informa que los delegados de ASTARSA venían recibiendo amenazas desde unos diez días antes del asesinato de los tres activistas en Pacheco:

Los delegados Juan Carlos Paz y Jorge Villareal, de la sección Metalúrgica y Martín Mastinú, de la sección Navales, denunciaron las amenazas de que fueron objeto ellos y Jorge Chevidun, por parte de los presuntos policías y empleados sindicales que llegaron hasta sus domicilios para intimarlos que renunciaran al Cuerpo de Delegados de ASTARSA, advirtiéndoles también “que no arriesgaran la vida” (...) El director nacional de Asuntos Policiales e Investigaciones del ministerio del Interior, comandante general Manuel Scoto Rosende (...) les aconsejó –según información de los propios interesados a **Noticias**- “que no hagan un juicio porque entra por un lado y por el otro les van a hacer la boleta”.<sup>8</sup>

Los ataques y amenazas, de creciente virulencia y letalidad, plantearon a los militantes la cuestión del uso de armas y la violencia de un modo más sistemático y constante, como una forma no sólo de proteger su vida, sino de poder continuar con sus tareas políticas. Las armas no eran ajenas a la práctica sindical. Algunos de los integrantes de la Agrupación estuvieron armados durante la toma, al igual que miembros de las organizaciones armadas que fueron a darles su apoyo. Desde los orígenes de la Agrupación Juan Sosa estimuló entre los militantes el entrenamiento en el uso de armas, que al principio él mismo impartía. Pero ahora no se trataba de la forma de violencia que conocían previa a mayo del 73, naturalizada y de pequeña escala, parte integral tanto de la práctica sindical anterior al surgimiento de la JTP como a formas de vida social propias de los barrios populares, sino que el uso de los “fierros” implicaba un salto cualitativo en la lucha política, *una nueva forma de esta*.

El uso de las armas y la práctica militar fueron incorporados en forma gradual, en un proceso que acompañó la radicalización del enfrentamiento. Este implicó también, para muchos de ellos, su incorporación orgánica a Montoneros en paralelo a su activismo sindical. Este era el

---

<sup>7</sup> Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

<sup>8</sup> “¿No bastaron tres asesinatos?” en Archivo DIPBA, Mesa D (S), Carpeta Varios, legajo 1763, “Hallazgo 3 cadáveres sexo masculino”, p. 24.

caso del *Chango* y el *Tano*, que militaban como combatientes en una célula montonera, una UBR,<sup>9</sup> antes de la toma, al igual que otros militantes que fueron ingresando como trabajadores con posterioridad a esta con el objetivo de reforzar la línea dura de la organización en una Agrupación díscola. Otros de los militantes antiguos optaron por su encuadramiento militar ante el avance de los acontecimientos.

Una cuestión que debe ser tenida en cuenta, también, es que a diferencia de lo que sucede en otras clases sociales, los sectores populares están habituados a la presencia de armas en las casas. En algunos casos, no existía esa barrera simbólica que encontramos en los testimonios de militantes de los sectores medios o altos. A la hora de armar a sus compañeros, el *Chango* Sosa compró armas en el propio astillero a un trabajador. Otra, es el carácter aleatorio de la utilización de armas, que llevaba a motivos que pasaban por la hombría, la valentía, la masculinidad, el “no ser menos” que otros trabajadores, sobre todo en el caso de delegados muy jóvenes frente a trabajadores de más edad y físicamente más grandes. Carlos Morelli, *Carlito*, un militante de la Agrupación, decidió cortar las burlas de un compañero de modo abrupto:

Delante de los compañeros, una vuelta que íbamos a cobrar, dále, que vos que sos del PC, vos sos bolche, que tu cuñado, qué se yo.

Mirá –le contesto -, ya me rompiste mucho los huevos, yo te voy a cagar bien a tiros.<sup>10</sup>

Para *Carlito* la cuestión de mostrarse a la altura de los demás, de no quedarse afuera fue un elemento muy fuerte en su militancia como delegado. En un momento, para “hacer alarde delante de los otros”, contó el incidente en una reunión de la Agrupación. Pero si le servía para reafirmar su lugar como militante sindical, como contrapartida desde el punto de vista político para él su uso no tenía sentido. Reconocía que con posterioridad a la intervención las condiciones habían cambiado. Empezó a sentir que la pelea política tenía otros mecanismos y lenguajes que él reconocía pero que no sabía o quería manejar. Su concepción de la política le hizo sentir que la pelea comenzaba a pasar por otro lado, donde incluso facciones opuestas podían tener prácticas en común.

Los matones que detestaba, por ejemplo,

---

<sup>9</sup> Una UBR (Unidad Básica Revolucionaria) era el espacio intermedio entre los combatientes montoneros y sus frentes de masas. El “responsable” de una “UBR” era un combatiente que tenía bajo su mando a aspirantes a serlo, provenientes de otros frentes de activismo (por ejemplo, sindical) que recibían entrenamiento militar. Se suponía que a medida que la organización crecía estos a su vez pasaban a ser “combatientes” y tener su propia UBR.

<sup>10</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

en lo que tenía que ver con el código de palabras, tenían más acercamiento con los compañeros de la organización, hablaban un mismo idioma, más fierrero, que el que podía hablar yo (...)

“Esto me está jodiendo”, y sacaba un fierro, y el otro decía, “a mí también”, y sacaba otro (...)

Había códigos que yo no podía pescar bien. Había una coincidencia en que estaban en dos lugares enfrentados pero la metodología era la misma. Había como amenazas veladas. Como si fuera alguien que fue pareja y está peleada. Se conocen sus secretos y hablan elípticamente.<sup>11</sup>

La idea de una violencia instrumental, para *Carlito*, estaba lejos de estas prácticas:

Yo me perdía o me quería perder mucho. Por un lado era muy pendejo. Pero por el otro lado estaba muy cercano a lo que es la idea de izquierda sobre que cualquier hecho armado tenía que ver solamente con que el pueblo se armara. Si era un hecho aislado para mí era un hecho delincencial.<sup>12</sup>

Su testimonio refleja una tensión que no es sólo personal frente a la violencia, sino aquella entre dos formas de hacer política. Si el objetivo común a la práctica armada y la sindical era hacer la revolución, una de ellas, que se había demostrado eficaz durante 1972, y en la toma (que es una forma de violencia), y en la extensión del activismo, empezaba a ser cuestionada por otra, aquella que se apoyaba en la lucha armada, orientada por la organización político militar Montoneros. Otro militante, *Gayo*, se inclinaba por la propuesta de Montoneros. En un testimonio recogido a mediados de los noventa, afirma que pensaba que las formas anteriores habían servido para una etapa, y ahora estaban en otra:

Pregunta (P): -De todos modos había una violencia que ustedes habían ejercido contra la patronal; habían tomado la fábrica, ¿no?

Gayo (G): -Nosotros pensábamos que no era suficiente eso.

Pregunta.: -Vos pensabas que la anterior lucha no servía?

G.: -Sí, sirvió, sí. Pero pensaba que después del '74 ya no servía más (...) Pensaba que sí, que no había otra manera...<sup>13</sup>

Del mismo modo pensaba Héctor González, vinculado a la Agrupación pero sin pertenencia orgánica a Montoneros:

- **¿Vos sabías que algunos de tus compañeros además de la militancia sindical tenían militancia en montoneros?**

- Suponía, sí.

- **¿Y qué pensabas de eso?**

- Estaba bien.

- **¿Por qué?**

- Porque creo que siempre tiene que haber un brazo que responda a la gente. No siempre que la gente sea la golpeada. Siempre los torturados, siempre los muertos los puso la parte

<sup>11</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

<sup>12</sup> Idem.

<sup>13</sup> CET, *Navales*, pp. 68-69.



laburante de la gente. Hablando de la historia del 55 para adelante me refiero. Siempre los muertos los puso el pueblo, la gente, ¿me entendés? Para mí era un acto de justicia que estuvieran los muchachos ahí.<sup>14</sup>

Después de los incidentes en los Bomberos Voluntarios de Tigre, la figura de *Bonavena*, asociado a la provocación de los incidentes, se transformó en una obsesión para muchos de los integrantes de la Agrupación. En septiembre de 1974 impulsaron una asamblea que lo declaró “persona no grata” en el astillero y fue despedido. Sin embargo, al poco tiempo regresó rodeado de otros matones. A los pocos días, el 30 de septiembre de 1974 aparecieron en el astillero y en la zona volantes de la Triple A que amenazaban a algunos integrantes de la Comisión de Higiene y Seguridad, y a los hermanos Vivanco, militantes de la Agrupación.<sup>15</sup> El SOIN repudiaba formalmente las amenazas pero al no defender explícitamente a los amenazados tomaba claramente partido en la disputa. El conflicto estaba claro, por ejemplo para los servicios de inteligencia:

En horas de la mañana, [*los amenazados*]se apersonaron ante el Sindicato de Obreros navales, Sarmiento 322 Tigre, manifestando al directivo en turno, su solicitud de garantías, protección y apoyo del gremio ante la amenaza sufrida, obteniendo la respuesta que en horas de la tarde se reuniría la C.D. del gremio a los efectos; posteriormente y concretada la reunión, los cinco amenazados no se hicieron presentes, ante lo que dispuso la Comisión del Sindicato, editar un comunicado con fecha 10 del corriente exhortando a la unidad gremial y pronunciándose en contra de las formas de violencia, sin adjudicarse la defensa de los delegados amenazados por hallarse enfrentados políticamente, dado que la conducción del sindicato responde a la verticalidad del peronismo ortodoxo.<sup>16</sup>

Paralelamente a estos incidentes en ASTARSA se estaba desarrollando un conflicto en astilleros Mestrina, en el que el sindicato avanzaba fuertemente para marginar al cuerpo de delegados hegemonizado por la Agrupación. En este contexto, *Bonavena*, aludido en el comunicado DE DENUNCIA, era propia tropa del sindicato:

Cabe hacer mención asimismo que el obrero separado de fábrica al que se hace referencia en volante, es **XXXX XXXXX**, integrante del Movimiento de Agrupaciones Peronistas y que fuera custodio del extinto Presidente de la Nación Tte. Gral. PERÓN, dicho obrero fue separado de fábrica aproximadamente 15 días atrás en reunión efectuada en fábrica por el sindicato grupo de izquierda rotulándolo como persona no grata, esto en razón de tratarse de un activo elemento contrario a la izquierda en el establecimiento.

*Bonavena* era un típico exponente de un “pesado” sindical. “Chofer del sindicato”, “asesor civil”, en definitiva era uno de los cuadros con los que el sindicalismo llevó la guerra a los que les disputaban el poder en los gremios. Para los más jóvenes, como *Carlito*, aparecía como “una figura monumental, de 2 por dos, que estaba con dos o tres que había entrado con él, más dos o tres de los traidores”. Era de más edad que la mayoría de los navales, y “el tipo

<sup>14</sup> Héctor González, entrevista 2003.

<sup>15</sup> DIPBA, MESA D (S) Legajo 2286, Carpeta “Varios”.

<sup>16</sup> Idem.

hablaba a voz en cuello. El tipo se estaba enseñoreando. Un tipo inclusive más grande que nosotros. Aparecía como “el poronga”.<sup>17</sup>

*Bonavena* era una amenaza para el trabajo político dentro de la fábrica. *Bonavena* en el astillero era una señal de que la hegemonía de los integrantes de la Agrupación podía ser cuestionada. Aquellos críticos hacia la Agrupación, pero que sólo se oponían sordamente a ella por su predominio, “esos elementos sueltos que había, podían ser aliados de ese tipo”.<sup>18</sup>

Para *Toto*, uno de los trabajadores amenazados, con un compromiso mayor con la organización Montoneros que *Carlito*, las cosas estaban claras: “Era un compañero que no era compañero. Era un enemigo que teníamos dentro de la fábrica”,<sup>19</sup> que “hacía alarde de su agrupación en la que estaba (...) Que tenía un trabajo en Córdoba. Iba a matar a alguien a Córdoba (...) Hasta que un día nos tomamos el trabajo de que dejara de contar (...) La organización Montoneros tomó esa decisión”.<sup>20</sup>

Para Héctor González, se trataba de alguien en cierto modo “irrecuperable”:

Pienso que se divide en eso la cosa, un grupo de proletariados, de masa que quieren cosas, conquistas, y otro que quiere conservar lo suyo. Y entre eso un montón de gente que utilizan, que se yo, canas, represores, sindicatos (...) Yo pienso que cuando estos tipos que nacen de raíces de gente común normal o de proletariados llegan a adquirir un nivel ya es medio difícil que se quieran caer de ahí, viste? ¿cómo conservo esto? Entonces juegan.<sup>21</sup>

En este contexto comenzó a ser un rumor cada vez más fuerte que a *Bonavena* lo iban a matar. Si repasamos el recorrido político de la agrupación, su metodología hasta ese momento había pasado por una toma de fábrica, y el desarrollo de una política de denuncia del gremio como claudicante, en coincidencia, sobre todo, con el contexto favorable del año 1973. Pero esas luchas por el control de las organizaciones sindicales había encontrado frenos concretos: la intervención del sindicato, los cambios en el contexto político con posterioridad al retorno de Perón en 1973. El enseñoramiento de *Bonavena* en el astillero era la traducción física de un cambio en el contexto político, y la Agrupación apeló al asesinato político como una forma de resolverlo. Este era parte del repertorio de acciones de una organización como Montoneros:

Cuando me entero que lo van a boletear (...) En un momento donde el tipo aparece otra vez con gran fuerza yo inclusive planteo a los compañeros de decirle “Loco, ¿y?, ¿Qué pasa con este tipo? que, en definitiva, para mañana, para pasado, para la semana que viene, que falta poco, qué se yo”, pero yo quería que me lo sacaran, como cosa personal, de encima. Porque yo sabía que era un elemento muy peligroso.<sup>22</sup>

---

<sup>17</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

<sup>18</sup> Idem.

<sup>19</sup> Walter Vivanco, entrevista 2005.

<sup>20</sup> Idem.

<sup>21</sup> Héctor González, entrevista 2003.

<sup>22</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

Quien dice esto es Morelli, a quien hemos encontrado antes crítico a ciertas formas de violencia. ¿Es esto un indicio más de la incidencia que estas tenían en el repertorio político de las agrupaciones? Algunos militantes sindicales de la Agrupación que a la vez tenían militancia “militar” participaron en los pasos previos. “Nosotros posiblemente apoyamos, pero como sindical”,<sup>23</sup> afirma uno de ellos. ¿Pero qué quería decir esto? ¿Por dónde pasaba la división entre “militar” y “sindical” cuando el militante era el mismo? ¿O la distinción viene mediada por el paso del tiempo, que torna “condenable” un hecho justificable políticamente hace treinta años?

En lo concreto, algunos de los integrantes de la Agrupación hicieron seguimientos a *Bonavena* entre el sindicato, en Tigre, y su domicilio, y participaron del operativo para asesinarlo.<sup>24</sup> El 2 de abril de 1975, una camioneta de color verde, pintada según algunos testigos como perteneciente a la empresa telefónica estatal, ENTel, con la parte trasera cubierta por una lona se acercó a Héctor Sarroude, “chofer del Sindicato de la Industria Naval” que estaba por arrancar su auto en la puerta de su domicilio, en el barrio de Saavedra. Sin bajar del vehículo, cuatro desconocidos le dieron varios tiros en la espalda. Según la crónica, Sarroude ni siquiera se dio cuenta del ataque.<sup>25</sup> El SOIN informó que el asesinado no trabajaba en el gremio, pero que periódicamente se lo requería para que hiciera de chofer con su vehículo, y de esa forma ayudarlo a subvenir sus necesidades.<sup>26</sup>

La lógica política de esa muerte, según algunos recuerdan, no se reveló de inmediato, Se trataba más bien de un mensaje entre facciones. de esa muerte:

**Y cuando se enteraron de que lo habían matado a Bonavena cuál fue la reacción de la gente en ASTARSA?**

No hubo reacción, porque era un tipo que nosotros sabíamos quien era, que a nosotros nos prepotaba, pero a los demás como había sido obrero de ASTARSA era un tipo común, de los muchos fanfarrones que había. No era un personaje para los demás. Salió la noticia en el diario, si la memoria no me falla lo velaron en el sindicato.

Pero para los integrantes de la Agrupación, el cambio sería notable. Es interesante la analogía que *Carlito* hace en las negociaciones con la empresa y el hecho de “una

---

<sup>23</sup> Walter Vivanco, entrevista 2005.

<sup>24</sup> Luis Benencio, entrevista 2006.

<sup>25</sup> *La Nación y La Razón*, 3 de abril de 1975.

<sup>26</sup> *La Razón*, 3 de abril de 1975. Según Ignacio González Jansen, Sarroude (a quien cita como Héctor Sarroude) dirigió una “operación” en la que secuestraron, violaron, torturaron y fusilaron a Elsa Argañaraz, de 19 años de edad. Lo define como “un pistolero del Sindicato Naval que actuó a las órdenes de Osinde en Ezeiza y más tarde se incorporó a la Triple A”. En Ignacio González Jansen, *La Triple A*, p. 116. Elsa Argañaraz militaba en la JP en Don Torcuato. El nombre, en la copia foliada proporcionada por la Comisión Provincial por la Memoria citada anteriormente, aparece tachado, como es de práctica en el material que esa institución pone a disposición de los investigadores.

muerte por otra”, dado que a los pocos días la revancha cayó sobre alguien cercano a ellos:

Nos habíamos sacado un peso de encima, con lo que después provocó esta situación, de acción y reacción, que yo era una cosa que no conocía... la conocía dentro de la patronal, que te daba una cosa y te sacaba la otra. Pero no la acción y reacción de la violencia, ya ahí no me gustó.<sup>27</sup>

Cinco días después llegó la represalia:

La policía bonaerense informó que fue identificado el cadáver de un hombre acribillado a balazos (...) Se trata de Ernesto Raúl Valverde, de 29 años, obrero metalúrgico de la empresa ASTARSA, de Tigre. La víctima vivía en Mitre 2354, de Don Torcuato, y su desaparición había sido denunciada días atrás.<sup>28</sup>

Para los integrantes de la Agrupación fue sorprendente: “Sabíamos que algo iba a suceder. Todos tomamos precauciones. Pero lo que menos pensamos era en Valverde”.<sup>29</sup> Esperaban una represalia sobre alguno de los dirigentes más reconocidos de la Agrupación. Sin embargo, desde el punto de vista de la lógica de esas muertes, Raúl Valverde era un blanco significativo, como los que buscaba la derecha para amedrentar. Había estado en la toma del 73, históricamente se había enfrentado a la conducción burocrática del gremio, denunciando algunos manejos espúreos de uno de los secretarios generales durante la toma. No era esperable desde la lógica del enfrentamiento entre aparatos, pero sí para los objetivos de la derecha: mostrar lo extensivo del castigo, y aislar a las conducciones combativas de sus bases: “si no pueden cuidar a Valverde, y si le toca a Valverde, qué les espera a los demás”). También es posible pensar que quienes lo asesinaron consideraran riesgoso atacar contra alguno de los referentes de los navales, dado que además eran cuadros de una organización militar. Sin embargo, es más plausible la primera hipótesis. El interventor del sindicato, López, le dijo a *Toto* Vivanco tiempo después:

Ustedes nos mataron a un peronista y nosotros le matamos a un no peronista”, porque Valverde simpatizaba con el PST.

Se pensó que algo tuvo que ver Carola, porque con Carola siempre andaba mal; siempre andaba mal.<sup>30</sup>

Ambos asesinatos marcaron un salto en la polarización en la planta. Luis Benencio recuerda que el trato con la empresa comenzó a ser distinto:

La relación con ASTARSA se caga mucho (...) En el departamento de personal nos dicen si nosotros pensábamos que ellos tenían algo que ver con lo del Valverde. “No, les dijimos, nosotros sabemos quiénes fueron”.

---

<sup>27</sup> Carlos Morelli, entrevista 2003.

<sup>28</sup> *La Razón*, 8 de abril de 1975.

<sup>29</sup> Walter Vivanco, entrevista 2005.

<sup>30</sup> *Gayo*, en CET, *Navales*, p. 64.

Sin embargo, valora el intercambio de muertes de un modo distinto. Para la lógica del enfrentamiento, se había tratado de una mutua demostración de fuerzas, el establecimiento de un nuevo *statu quo*. Según *Jaimito*:

Eso paró los muertos. Pagamos una vida pero ninguno de los dos se atrevió a matar a otro (...) Los que mandaron a matar a Valverde, que eran los que estaban en el sindicato (...) Ellos sabían que un quilombo más, y un tiro para nosotros (...) Ellos estaban expuestos igual que nosotros (...) Fue muy, muy rápido, una cosa después de la otra.<sup>31</sup>

En los testimonios, la marca más fuerte es la de un hecho “lógico” para la dinámica de la época. Para *Toto Vivanco*: “La muerte de Bonavena nos trajo la de Valverde. Se pagaba”.<sup>32</sup> Héctor González, que consideraba “irrecuperable” a Sarroude, evoca una sensación similar. Participar en la política con la Agrupación significaba caminar con un blanco en la espalda:

Para ellos éramos todos zurdos nosotros, no había otra forma (...) En ese momento era que tenías la boleta medio firmada, sabías que si no te caía el C de O, te podía caer la Triple A, los comandos, yo creo que estuvimos demasiado expuestos a esas cosas.<sup>33</sup>

Por otra parte, otro componente a tener en cuenta era la naturalidad de este tipo de muertes en la época. Pensemos en la explicación que da uno de los protagonistas a la muerte de Valverde, para tener una idea de lo habitual esta forma de resolución de los enfrentamientos tenía a principios de 1975. Al mismo tiempo, de todos los circuitos por los que la información política o las delaciones circulaban en un espacio de trabajo. Un comentario casual podía conllevar la muerte.:

En un asado, Valverde dice, habla de que está bien muerto el *Bonavena*, porque Valverde venía del trotskismo, Bueno, está bien muerto, lo mataron a *Bonavena*. Hace comentarios sobre la muerte de *Bonavena*. Días después lo levantan a él y lo matan. Quiere decir que alguien de ahí lo alcahuetó.<sup>34</sup>

Luego de estas muertes, los “códigos” que *Carlito* no entendía pero veía como compartidos se enseñorearon de la lucha política en el astillero. Muerto *Bonavena*, “la burocracia no puso otro”. Pero

Después de eso ya no teníamos reuniones en el Sindicato. Las *reuniones de fierros* eran en la fábrica después de hora, en un cuartito detrás de la comisión de higiene y seguridad. Con López (el interventor) o Rampoldi (asesor legal del sindicato y empleado de ASTARSA), el *Tano*, Los uruguayos, *Jaimito*.<sup>35</sup>

En esas reuniones, por ejemplo, que eran en un espacio de la fábrica, Martín Mastinú, el *Tano* “era de primerear”. Decía que “le molestaba el fierro”, se lo sacaba de la cintura y lo ponía sobre la mesa, entonces los otros hacían lo mismo, en un mudo reconocimiento. Para Morelli

<sup>31</sup> Luis Benencio, entrevista 2006.

<sup>32</sup> Walter Vivanco, entrevista 2005.

<sup>33</sup> Héctor González, entrevista 2003.

<sup>34</sup> Luis Benencio, entrevista 2006.

<sup>35</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004. Mi subrayado.

el arma era necesaria porque “se ponían en claro las reglas del juego” y el *Tano* “sabía que en ese momento era mostrar la fuerza no solamente de los compañeros, sino de lo que viniera”.<sup>36</sup>

### **Cambios en la política**

A medida que las condiciones políticas tomaron un color desfavorable para los sectores revolucionarios y combativos, se produjo un efecto de crecimiento de las formas violentas, que se transformaría durante el año 1975 en una encrucijada: las fuerzas vinculadas a la derecha peronista encontraron cada vez más campo para operar, mientras las organizaciones guerrilleras orientaron sus políticas a una creciente militarización. Esto repercutió en la cotidianeidad del trabajo en las fábricas: no sólo por la amenaza sobre los activistas, sino porque el amparo de una organización armada se traducía también en la posibilidad de “devolver los golpes”, o construir una nueva situación política: “Se pararon las muertes”, dice *Jaimito*). Esto, de todos modos, instalaba una nueva disyuntiva para muchos de los militantes: el reemplazo de algunas formas del activismo por la práctica armada, donde hasta se “compartían códigos” con quien era distinto. ¿Eran suficientes las prácticas de los tiempos de la toma, o poner las armas sobre la mesa para empezar a negociar en un espacio semiculto de un taller que todavía era de ellos indicaba el nuevo signo de los tiempos?

Estas disyuntivas planteadas por la militarización de la política, desde la perspectiva del grupo de militantes agrupados en la Alesia, se tradujo en la disputa entre las dos facciones en las que el núcleo más duro de los navales se había dividido: la que se volcaba más directamente a seguir la línea de Montoneros, cuyo referente era el *Tano* Mastinú, apoyado por algunos de los “históricos” de la agrupación y los militantes que se habían incorporado en 1974. La otra, que pugnaba por continuar privilegiando la práctica sindical, estaba liderada por el *Chango* Sosa. A esta escala, por lo tanto, no era una cuestión de nombres o definiciones políticas solamente. Se ponían en juego profundas relaciones humanas, amistades y lealtades personales, y aquí es donde ese grupo de amigos y compañeros sufrió uno de sus quiebres más importantes, en un contexto de crecimiento del nivel de exposición y el riesgo cierto de ser muertos, como precio a pagar por el desarrollo sindical en la zona.

En el corazón de la Agrupación Alesia, las oscilaciones entre las ventajas y desventajas de pertenecer a una organización guerrillera, que eran a la vez las contradicciones entre dos concepciones acerca del activismo sindical, se encarnaron en sus dos referentes, a la vez personalidades bien fuertes y distintas: Juan Sosa (*Chango*) y Martín Mastinú (*Tano*). Esto

---

<sup>36</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

trasladó la discusión política al plano de los afectos y lealtades personales ancladas en otras pertenencias como el lugar de residencia o la afinidad personal.

A juicio de Sosa, el asesinato de *Bonavena* fue la forma que tuvieron los partidarios del militarismo de forzar la decisión de muchos de sus compañeros, al mostrar “resultados” desde el uso de los “fierros”, en un momento que para muchos era de estancamiento político. Las idas y venidas se reflejaban en la confusión en los niveles de conducción de la Agrupación:

El tema Bonavena no se si fue discutido ni con quien, conmigo no, y esto da una pauta de que yo ya estaba afuera, al menos para el núcleo duro, de la política que quería imprimir la orga a la agrupación, Sin duda fue un pedido de los que ya eran montos y de los que se iban decantando más por los fierros en la agrupación.<sup>37</sup>

Se trató de un conflicto que fue creciendo gradualmente, pero que añadió un elemento de mucha tensión a una situación de por sí compleja:

Se veía... De esa manera se fue quebrando mucha gente..., quebrándose no, abriéndose.

Era un quilombazo. Había que estar en los conflictos, las asambleas, las reuniones y a eso sumale el quilombo interno. Muchos se iban... y había que reemplazarlos...

Luis: -Ocurría que había un cansancio..., un agotamiento físico, al margen de las limitaciones de uno. Era una acumulación de cosas, de tareas... Además no podías ir todos los días a tu casa..., no era seguro... y la guita no alcanzaba.<sup>38</sup>

Era imposible que en una Agrupación conformada por lazos personales tan fuertes este conflicto no repercutiera. El *Polaco*, Rubén Díaz, entró a trabajar a los astilleros Mestrina en 1974, llevado por los dos referentes (en ese momento) de la Agrupación: el *Tano* Mastinú y el *Chango* Sosa. Conocía a este último desde hacía tiempo y compartía sus concepciones acerca del trabajo sindical. Para él, el hiato fundamental fue entre dos concepciones distintas acerca del trabajo político:

Se propone otra política a la agrupación que era, hasta ese momento, una estructura abierta a todo el gremio. Se plantea, por otra parte, la necesidad de reforzar con cuadros a la JTP en desmedro de la Agrupación. Entonces se da una confrontación muy fuerte ahí adentro que, creo, la agrupación no la puede soportar. Es ahí cuando hay oposición y se dice que aquellos que quieren otro tipo de laburo lo pueden hacer, que todo el mundo sabe a quién dirigirse.

El *Polaco*, que había compartido militancia con Sosa en *Los Obreros*, fue parte del cuerpo de delegados de Mestrina, defensor de la línea montonera. Para finales de 1974 y el verano de 1975, el *Polaco* percibía así la situación:

Yo personalmente me llevaba bien con ellos. Cuando no hablábamos de política andábamos de lo más bien. Pero cuando metíamos la política en el medio, cagábamos. Nunca tuvimos conflictos, ni de poder, ni de manija, porque no había ese tipo de conflictos.<sup>39</sup>

---

<sup>37</sup> Juan Sosa, comunicación personal, 23 de enero 2005

<sup>38</sup> CET, *Navales*, p. 67

<sup>39</sup> Idem, pp. 71-73.

La afirmación del *Polaco* es clave: si se trata de integrantes de una agrupación sindical, ¿cuáles son las consecuencias de que dos delegados “se lleven bien personalmente” pero no “políticamente”? ¿A partir de qué cuestiones aparecían semejantes contradicciones?

Para Benencio (*Jaimito*), se debe a que la organización Montoneros avanzó sobre una construcción sindical que tenía sus características propias:

Lo que intentaron fue capitalizar todo ese trabajo gremial (...) Ellos no se preocuparon antes por ASTARSA, pero sí se empiezan a ocupar en el 75, más o menos; ¿qué es lo que pasa?. Yo creo que suceden varias cosas. Una, que la experiencia de la JTP en el campo gremial es muy pobre. Eso es la verdad. Si me decís a nivel barrial, a nivel de villa o universitario, ahí sí. A nivel gremial la JTP nace como sello. Yo creo que uno de los primeros trabajos importantes, no es por decir, es el de los astilleros. Porque no tenían un buen trabajo político gremial y tampoco tenían una experiencia.

Entonces, claro, hay otra gente, como los navales, que van creciendo, que hacen un trabajo gremial importante y como el contexto político da para eso, no es necesario una marca férrea alrededor de los navales.

Pero luego la cosa se empieza a pudrir, ¿no es cierto? Entonces ahí se cambia. Se hace necesario cerrar filas, atar, amarrar, asegurando... porque de lo contrario se les va... se deshace...

En ese momento es cuando se ocupan de los astilleros. Por su falta de experiencia en el gremio y en el trabajo sindical, por falta de conocimiento... hacen lo que hacen. No dejan que los militantes de la agrupación o del gremio organicen la cosa. En su desesperación política, y ese es el error, quieren manejar ellos, atrapar ellos y... ahí comienza la hecatombe. Llevan paulatinamente a la desorganización, generan quilombos internos y encima los militantes se dispersan en mil tareas... Yo, por ejemplo, casi no laburaba en la agrupación.<sup>40</sup>

En esta voluntad de disciplinar a la Agrupación, la organización probó distintas soluciones. Por un lado, intentó asignar a los militantes encuadrados responsables que no duraron nunca mucho en su función, hasta que el disciplinamiento se consumó. Por el otro, hizo entrar a la Agrupación a cuadros más “integrados” a su política. Pero al interior de la Agrupación, si bien compartían actividades y obviamente el lugar de trabajo, había una divisoria de aguas. Los cuadros ingresados con posterioridad a la toma eran distintos: “eran personas que no estaban en mucho contacto con nosotros, tenían otros horarios, otras tareas”.<sup>41</sup>

Este grupo reforzó la posición del *Tano Mastinú*, que en forma creciente se transformó en el defensor más duro de la línea montonera, lo que gradualmente lo llevó a colisionar con el *Chango*. Finalmente, Montoneros cortó por lo sano: desplazó al *Chango* apelando a su doble pertenencia: como dirigente de la agrupación sindical y como combatiente dentro de otra estructura. Le ordenaron disciplina en un frente sindical que conducía, a partir de su subordinación en el frente militar:

---

<sup>40</sup> Idem, pp. 69-70.

<sup>41</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.



Cuando se da la toma de ASTARSA, hacía poco tiempo que parte de “Los Obreros” nos habíamos integrado a la coalición FAR-Montoneros. Y en el medio de la toma yo adscribo la Agrupación a la JTP. Ya en las primeras reuniones me voy enterando que los responsables, tanto de la UBR como de la JTP no tenían ni puñetera idea de lo que era el trabajo o el mundo sindical, o así me parecía, y las diferencias conmigo cada vez eran más notorias. Como militante orgánico tenía que hacer la venia, pero como responsable de la Agrupación promovía y formulaba hechos políticos y organizativos que ellos no entendían, pero que hasta el momento habían sido exitosos. En algún momento la orga decidió que tenía que copar la Agrupación, entonces incorporó a algunos compañeros a la UBR y pidieron entrar a trabajar a ASTARSA(...) A partir de ahí se empiezan a confundir las reuniones de la Agrupación con las de la UBR y muchos compañeros dejan de asistir a ellas.<sup>42</sup>

Hacia 1975 la Agrupación pasó a estar formalmente encuadrada en la línea política de la organización Montoneros. Esto inclinó la balanza hacia uno de los dos sectores en pugna y definió una cuestión de poder, pero no solucionó completamente los problemas. Sucede que muchos de los que siguieron militando no necesariamente compartían la línea política que debían sostener con sus vidas, pero a la vez la dinámica de los acontecimientos dificultaba apartarse de ella:

Era, por otra parte, difícil rebelarse... yo no coincidía con muchas cosas... con muchísimas... Incluso formas que se deban ante determinados conflictos y esos sapos te los tenías que comer... pero era difícil decir, bueno... no, en ésta no me prendo... era como ser menos...

Y por otro lado uno había contribuido, participado: largar esto no era fácil...

Uno había puesto muchas cosas ahí... era como renunciar... Y si no era la JTP, ¿qué había? No, no había otra cosa...<sup>43</sup>

Mientras la lucha política recrudecía, estas sensaciones fueron aislando a la Agrupación del resto de los trabajadores: no sólo por un crecimiento de la brecha entre las metodologías y las demandas de estos, sino por una cuestión de mera supervivencia. Al mismo tiempo, generaron un fuerte desgaste:

Los hechos militares nos ponían en un brete. Aumentaba nuestra inseguridad (...) Se nos empieza a poner complicado, se nos abren muchos frentes para pelear. Contra la patronal, gente del C de O, contra la intervención, ... las internas entre los Montos y nosotros (...) Esto empieza a provocar broncas entre nosotros (...) Todo lleva mucho más tiempo (...) La energía vital para un proyecto empieza a tener que ser regulada, y a perderse.<sup>44</sup>

Las decisiones se complicaban más porque las sucesivas muertes y la represión creciente parecían darle la razón a los partidarios de seguir más firmemente las directivas de la organización. Pero seguirlas ponía en riesgo a dirigentes sindicales reconocidos como el

---

<sup>42</sup> Juan Sosa, comunicación personal, 20 de julio de 2004.

<sup>43</sup> Idem, p. 79.

<sup>44</sup> Luis Benancio, entrevista 2003. Sostiene Richard Gillespie: “Hubo que esperar hasta su “autocrítica” de 1977 para que los Montoneros, tras aclarar que sólo “un ínfimo porcentaje” de sus 500 operaciones de 1975 fueron “de apoyo a los conflictos de masas” admitieran que “cada campaña militar paralizaba la actividad política”. En *Soldados de Perón*, p. 262

*Tano*, y optar seguía siendo siempre tanto una cuestión afectiva como estratégica. En tanto cuadros sindicales además de militares, los activistas más comprometidos se exponían de un modo excesivo:

¿Cómo la seguimos? Porque vos fijáte, un laburante que después va a la fábrica y después tiene que hacer laburo de militante, andar por todos lados... es demasiado jetoneo. Ponele el Tano Mastinú, que de aquí para allá, que es responsable de todo el gremio, y además tenés que hacer el laburo de militante... eso era lo que se disentía un poco... ¿Era conveniente o no? (...) Esas experiencias que los demás, que otros compañeros las tenían, también eran las mías. Esto va generando que (...) vos tengas que hacer cosas que lo pasaban a uno. Que no estabas de acuerdo a cómo te la pasaban de arriba (...) Había tipos, como el Chango, que no nos querían llevar a eso, a esa política. Todo eso genera una lucha y también una división (...) Compañeros que habían hecho las mil y una, toda una lucha entera, que había un compromiso afectivo y político. Esa lucha generó un desgaste muy grande porque en la práctica había que elegir, había que ir detrás de uno o de otro”.<sup>45</sup>

El núcleo de militantes y simpatizantes se iba rompiendo, ante las dificultades que generaban políticas más violentas y decisiones tomadas en forma crecientemente excluyente. Para uno de ellos esto se debía a la disolución del vínculo político: “había compañeros que iban al muere, desgastados (...) y se abrían, no querían seguir más. Compañeros que en la agrupación andaban un montón, Carlito, el Oveja, el Bocha”.<sup>46</sup> En relación con esto, el recuerdo de *Carlito* refuerza la idea: “Yo fui viendo que iba siendo raleado, ya a mediados del 74. En el sentido más político”.<sup>47</sup> Esto, cuando el mayor compromiso que tenía Mastinú en la estructura militar de Montoneros, hacía que *Carlito*, como su suplente, tuviera que reemplazarlo a menudo.

El traspaso de militantes del frente sindical al militar pero sin abandonar este generaba, desde el punto de vista de la práctica política, numerosos problemas. Uno, sin duda, era el de la seguridad. Durante el conflicto en Mestrina, el dueño del astillero reconoció entre los delegados que iban a hablar con él a algunos de los que lo habían secuestrado días antes en apoyo al conflicto. Los militantes eran figuras muy conocidas: todos sabían donde vivían, y dónde trabajaban, se habían constituido como referentes en un espacio de trabajo y en una zona y clandestinizarlos era poco menos que imposible.<sup>48</sup> Por otra parte, las casas de muchos de ellos, en los períodos más importantes de ellos habían funcionado en momentos importantes como espacio de toma de decisiones políticas. Militaban en su propio barrio. El

---

<sup>45</sup> CET, *Navales*, pp. 66-67.

<sup>46</sup> *Polaco* en CET, *Navales*, p. 67.

<sup>47</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

<sup>48</sup> Cuando secuestraron al *Tano*, *La Fabiana* y Jorge Velarde, este último recuerda que uno de los integrantes de la patota les dijo: “Pueden hacer todo el quilombo que quieran, ir a los diarios, a la radio, o joder con los abogados. Ustedes tienen que ir a laburar, sabemos dónde laburan, tienen familia, sabemos dónde viven, los volvemos a levantar cuando queramos”. Testimonio de Jorge Velarde en Rubén Díaz, *Esos claroscurios del alma*, p. 86.

espacio de militancia de un grupo de obreros que se clandestinizaba en forma creciente era el mismo en el que vivían y trabajaban.

La agudización de las contradicciones y la represión pusieron en evidencia otras diferencias. El choque no sólo era entre formas de vida, sino también entre patrones culturales y escalas de valoración, que hacía medidas de seguridad propias de una organización clandestina fueran descuidadas o “traducidas” a una escala de valores propia de la clase obrera. Algunos de los obreros, por ejemplo, se negaban a recibir dinero de la organización, pues “eran trabajadores”. Otras incompatibilidades tenían que ver con las costumbres de algunos de los militantes, que no siempre seguían la disciplina que una estructura militar requería. Había una cuestión de código barrial, de ostentación, en algunos de ellos, que a la vez traía dificultades para la actividad sindical y era de nulo respeto hacia cuestiones básicas de la clandestinidad. Por ejemplo, durante el conflicto en Mestrina, habían usado un auto “legal”, con su dueño claramente identificado como trabajador y padre de otros activistas, para llevar armas.

Además, recuerda *Carlito*:

En algún momento, empezaron a aparecer en la fábrica compañeros que si a mí me llamaba la atención, no quiero saber lo que le pasaba a los compañeros, con unos autos nuevos (...) O en algún momento alguno de los compañeros decir “El pelotudo cuando lo apretamos se asustó y me gustó el sacón que tenía y me lo hice”.<sup>49</sup>

Para *Carlito*, escuchar comentarios como esos, o que durante un viaje en auto le dijeran “No toqués ahí porque están las pepas”,<sup>50</sup> pasaba mucho más por una cuestión de fanfarroneo descuidado que de otra cosa: “Me llamaba la atención de que los muchachos hicieran como alarde de la impunidad que en algún momento hubo”.

Esa “impunidad” estaba originada en la posición que habían ganado a partir de 1973. Sin embargo, con la progresiva militarización, la “nueva impunidad” se superpuso con la antigua, y en algunos casos se potenciaron. Sólo que el contexto era mucho más letal. El apoyo en “los fierros” aislaba a los integrantes de la agrupación al mismo tiempo que los marcaba:

Esa impunidad hizo que los muchachos no se dieran cuenta que se estaban exponiendo demasiado. No el *Tano*, poco *La Fabiana*, mucho, y eso me calienta, el *Carbonilla*, como un lumpen, pero incorporado.<sup>51</sup>

En marzo de 1975, se produjo la represión a los obreros de Villa Constitución, en la provincia de Santa Fe. En términos políticos; “la calificación de ‘complot subversivo’ que le adjudicó el gobierno al movimiento de Villa Constitución inauguraba en términos discursivos y prácticos

---

<sup>49</sup> Carlos Morelli, entrevista 2004.

<sup>50</sup> Las pepas eran granadas.

<sup>51</sup> Idem .

la guerra abierta a la vanguardia de la clase obrera, la que será justificada a partir de allí bajo la caracterización de “guerrilla fabril”.<sup>52</sup>

Este avance represivo fue acompañado por medidas disciplinadoras en lo económico que enfrentaron una fuerte resistencia obrera. Cuando Celestino Rodrigo reemplazó como ministro de Economía a Gómez Morales a finales de mayo, produjo un “sinceramiento de la economía” que atacó directamente el poder adquisitivo de los sectores más bajos: no solo aumentaron combustibles e insumos, sino artículos de primera necesidad, como la leche y el pan, y hubo desabastecimiento.<sup>53</sup> Los efectos políticos de estas medidas económicas fueron inéditos. Impulsaron un clima de movilización obrera nunca visto, y colocaron a la CGT en la necesidad, para no ser superada por las bases, de convocar a un paro general, el primero que la central obrera decretaba contra un gobierno peronista:

En el caso de los trabajadores de ASTARSA, fue un pico del nivel de organización y combatividad. Los militantes navales, un referente en la zona, se pusieron al frente de las demandas y movilizaciones junto con las comisiones internas de otros establecimientos, como Ford, Laboratorios Squibb, Del Carlo y Tensa. El comedor del astillero fue un lugar de reunión habitual para planificar las marchas y las movilizaciones que en distinto grado y en forma ininterrumpida se produjeron desde principios de junio a mediados de julio de 1975.

Para Sosa la situación era la posibilidad de dirimir la discusión entre la lucha armada y el refuerzo del trabajo sindical:

Yo notaba teniendo como referencia a los compañeros de la Agrupación que se iban volcando a una actividad más militar que política – sindical (...) El hecho sindical estaba resultando complicado por un lado y también esperanzador en el otro. Me refiero al momento de las paritarias (...) Íbamos creciendo de una manera imparable al punto de que ya estaba casi todo el país parado por las paritarias.<sup>54</sup>

Así como la asunción de Cámpora había sido para el *Chango* la posibilidad de radicalizar la lucha y generar conciencia a partir de la toma, las grandes movilizaciones obreras de 1975, retrospectivamente, aparecen como el momento de zanjar la discusión sobre el militarismo a partir de un hecho de masas:

Las reuniones para el Rodrigazo se hacían en el comedor de ASTARSA, podemos decir que antes que se para el país (y también ASTARSA) venían compañeros de otros astilleros y de otros gremios para discutir propuestas y qué medidas tomar ante las políticas del gobierno y la democracia sindical. A partir que se paró ASTARSA los

---

<sup>52</sup> Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril*, p. 94.

<sup>53</sup> La apelación a los efectos del Rodrigazo sería uno de los caballitos de batalla argumentales de la dictadura militar para justificar el golpe de 1976. Una descripción pormenorizada del Rodrigazo en Marcelo Rougier y Martín Fizbein, *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*, Buenos Aires, Manantial, 2006, capítulos 2 y 3. Asimismo, ver Eduardo Basualdo, *Estudios de Historia Económica Argentina*, capítulos 2 y 3.

<sup>54</sup> Juan Sosa, entrevista 2003.

cuerpos de delegados y las agrupaciones de las fábricas de la Zona Norte se reunían con la Agrupación, que coordinaba y convocaba, dado su prestigio después de la toma, en el comedor de ASTARSA. Era un claro ejercicio de conducción sindical, un prototipo de CGT regional en cierne.<sup>55</sup>

Al igual que en otras zonas del país, y siguiendo el ejemplo reciente de Villa Constitución, los gremios de la Zona Norte establecieron una Coordinadora Interfabril, que centralizó las discusiones y actividades de lucha. Mientras tanto, el 27 de junio, la CGT organizó una movilización que produjo la renuncia del ministro de Trabajo, Ricardo Otero y le arrancó al gobierno una serie de medidas: dispuso la suspensión de las paritarias, y dio por decreto un aumento del 50% vigente a partir del 20 de junio y dos tandas más del 15%. En el plano nacional, el sindicalismo combativo impulsó la organización de coordinadoras regionales. Para la Regional Buenos Aires, que se reunió a finales de junio, ya estaba organizada la Comisión Interfabril de Zona Norte, cuyos referentes eran los delegados de las comisiones internas de ASTARSA y Laboratorios Squibb. Fueron estas comisiones, organizadas en todo el país, las que en el caso metropolitano organizaron la gran marcha a la CGT del 30 de junio de 1975. Desde el punto de vista de los navales, fue la marcha más numerosa. Antes de marchar, se concentraron en la zona del Canal San Fernando. Prácticamente vaciaron los astilleros de la zona. Muchos obreros iban con sus familias.<sup>56</sup>

La comisión interna de ASTARSA logró un aumento del 100%, que a la vez se transformó en el piso para todos los astilleros de la zona. Durante todo ese tiempo, los navales de Zona Norte funcionaron como el Congreso de Delegados del SOIN. En la práctica, ejercieron la conducción del gremio.

El grado de movilización alcanzado fue muy importante, y había obligado a la CGT a asumir una política de confrontación con un gobierno propio. En los sectores empresarios, la sensación de amenaza fue muy grande. La prensa de la época refleja la alarma ante las marchas. Las organizaciones guerrilleras, por otro lado, asistieron a un fenómeno que no impulsaban directamente, y que también las excedía.

Para el momento de las movilizaciones del Rodrigazo, la propuesta de Montoneros pasaba por el Partido Peronista Auténtico y su Bloque Sindical. Pero nuevamente, en el caso de la Agrupación Alesia, la “superposición” de espacios de militancia era notoria. El referente del Bloque, para la zona Norte, era Aldo Ramírez, el Gordo *La Fabiana*, que había reemplazado a Sosa en la conducción de la Agrupación.<sup>57</sup> Luis Benencio, *Jaimito*, además de ser uno de los referentes más visibles de la Agrupación como delegado sindical, y estar encuadrado en

---

<sup>55</sup> J Sosa, comunicación personal, julio de 2004.

<sup>56</sup> Luis Benencio y Carlos Morelli, entrevista abierta 2006.

<sup>57</sup> Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril*, p. 215.

Montoneros, estuvo encargado de recoger firmas para la creación del Partido Auténtico en zona. Y uno de sus compañeros, Alejandro Sonini, afiliaba para el partido en la Sección Calderería de ASTARSA. Lo que se observa es que pasadas las grandes movilizaciones de junio y julio, caracterizadas por prácticas de confrontación masivas, el enfrentamiento con la facción de la derecha peronista retomó las formas violentas ya habituales, pero en un contexto mucho más hostil.

Las formas de operar anunciadas en Villa Constitución (intervención “legal” de las fuerzas de seguridad, vía libre a las bandas armadas ilegales de la represión) se acentuaron. Los blancos elegidos fueron precisamente militantes como Benencio o Sonini: muy expuestos y visibles, poco protegidos por la estructura militar de las organizaciones armadas en cuyos frentes activaban.

La decisión de formar “comités de autodefensa” –lo que implícitamente era reconocer un nivel importante de violencia que se estaba recibiendo- aparecen con frecuencia en los volantes y publicaciones de ese tiempo. Por un lado, se exigían respuestas por parte del Estado. El Boletín N° 4 de la “Coordinadora de Gremios, comisiones internas y cuerpos de delegados en lucha de Capital y Gran Buenos Aires, en su “Declaración y Programa del Segundo Plenario general” 20 de julio de 1975 demandaba la

“3. inmediata derogación del Estado de Sitio, y toda la legislación represiva y antiobrera, asegurando la libertad de reunión, expresión y organización para todos los sectores populares.

4. Investigación de la Triple A y castigo de sus integrantes.”<sup>58</sup>

Por el otro –ante la obvia inmovilidad oficial frente a una política impulsada por el Estado mismo, en algunos sectores combativos se buscó impulsar la organización auto defensiva para dar “respuesta” a las agresiones:

Los trabajadores nos vamos a organizar clandestinamente, para responderle a tanta represión (...) Cuando el gobierno, la patronal, recurren a la policía y a la gendarmería, lo hacen para descabezar al movimiento, aislar al activismo, asustar al conjunto. Ante esto los trabajadores no nos vamos a quedar con los brazos cruzados. Con esta accion les demostramos que también para estos represores tenemos respuesta. Que la lucha continúa en todas las formas posibles, de igual manera alentamos a los compañeros de la FORD a continuar más unidos en la lucha; a que se desarrolle la organización clandestina mediante estos grupos de autodefensa, que se multipliquen, que sean cada vez más los compañeros que se incorporan a estas tareas. Así las 3 A, los matones, la policía recibirán lo que se merecen (...)

CREAR Y DESARROLLAR GRUPOS DE AUTODENFESA CONTRA LOS PATRONES, EL ESTADO, LA BUROCRACIA, LOS MATONES, LA POLICÍA.

16 de julio de 1975, Comité de Autodefensa Obrero de Zona Norte.<sup>59</sup>

---

<sup>58</sup> Archivo DIPBA, MESA b, CARPETA 117, LEGAJO 4, “Ford Motor Company General Pacheco”, Tomo I.

El avance represivo era notorio. En el último trimestre de 1975, hubo una oleada de secuestros de delegados de las fábricas Eveready, Fitam, Cormasa, Fate y Avon. A finales de ese año, los jerárquicos de las empresas recibieron para ser cumplimentada una “Planilla de relevamiento fabril e industrial de la Provincia de Buenos Aires”.<sup>60</sup> En el caso de los astilleros, los delegados de la Agrupación se reunieron con los directivos para anunciarles que sabían que estaban enviando listas a la policía y que los Montoneros tomarían represalias por ello.

### **La política montonera**

En agosto de 1975, cuando el enfrentamiento militar se agudizó, los Montoneros definieron a las casas de los trabajadores como los *fortines montoneros* desde los que se garantizaría la victoria en la lucha:

La construcción del ejército popular en las grandes ciudades, ocupadas permanentemente por el enemigo, supone el desarrollo de la retaguardia en ese mismo territorio.

La retaguardia, como el espacio geográfico-político que nos permite proteger a nuestras propias fuerzas, es o debe ser, la población misma.<sup>61</sup>

En otro aparte del mismo texto, titulado “La batalla es siempre”, definían que aún frente a condiciones difíciles, la seguridad en la victoria la darían la participación popular, la “claridad política” y una “buena conducción militar”:

Para eso hay que tener una buena conducción militar, buenas armas, equipos, recursos. Pero no es lo que decide. Lo que decide el curso de la guerra es la participación del pueblo: esa es la fuente inagotable de hombres y recursos, que permite desgastar al enemigo en una guerra prolongada, acumular fuerzas, y al final aniquilarlos.

Para que la participación popular en la lucha sea cada vez más numerosa y más activa, es preciso tener propuestas políticas que sean sentidas por el pueblo, en cada momento. No basta con exponer las banderas finales, hay que llegar con banderas hasta el final.

La combatividad, la iniciativa permanente de los compañeros, aún en las situaciones más desfavorables, se logra con claridad política.<sup>62</sup>

Aún no hay muchas explicaciones que permitan entender cómo es que mientras Montoneros impulsaba la creación del Peronismo Auténtico, y buscaba la vía electoral para disputar el poder al PJ, en forma más o menos contemporánea se lanzaba a la etapa más militar de su historia, con el intento de copamiento del Regimiento de Infantería de Monte N° 29, en Formosa (octubre de 1975). En ese contexto, en diciembre de 1975, *Evita Montonera* publicó la *Propuesta para el frente sindical* de los Montoneros.<sup>63</sup> Este documento resumía las líneas

---

<sup>59</sup> Archivo DIPBA, MESA b, CARPETA 117, LEGAJO 4, “Ford Motor Compay General Pacheco”, Tomo I. Subrayados en el original.

<sup>60</sup> Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril*, p. 197.

<sup>61</sup> *Evita Montonera*, Año I, N° 6, Agosto de 1975, p. 7.

<sup>62</sup> *Evita Montonera*, Año I, N° 6, Agosto de 1975, pp. 14-16.

<sup>63</sup> *Evita Montonera*, Año 2, N° 10, diciembre de 1975.

que habían orientado hasta ese momento el trabajo sindical de las agrupaciones que se reconocían como parte de la organización, y fijaba las nuevas a seguir a partir de la creación del Movimiento Peronista Auténtico (MPA), que era la estructura con la que desde la ilegalidad Montoneros buscaba constituirse como instancia superadora del peronismo. Desde el punto de vista orgánico, era la partida de defunción de la JTP:

El MPA es la propuesta de poder, que expresa la continuidad revolucionaria del peronismo, para el conjunto del movimiento peronista; por lo tanto, en el plano sindical debemos construir la herramienta que lo exprese. Esta herramienta son las agrupaciones sindicales del Peronismo Auténtico en la organización de base y el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico, como su expresión superestructural y organismo centralizado de conducción por zona.

Con la finalización de la lucha interna en el Movimiento y el lanzamiento del MPA como la respuesta más importante en la conformación del MLN,<sup>64</sup> Montoneros asume su rol de vanguardia en el proceso revolucionario. Este es el marco en que se desarrolla nuestra respuesta en el frente sindical.<sup>65</sup>

El rol de las agrupaciones sindicales, en este nuevo esquema, estaba claramente definido. Si bien se les daba “autonomía para la elaboración de políticas particulares”, este era un nivel inferior a la “conducción integral político militar” de los Montoneros, subordinada al enfrentamiento militar:

Toda agrupación del Peronismo Auténtico comparte los lineamientos generales de la política que impulsa Montoneros. Sin embargo, las agrupaciones tienen autonomía para la elaboración de las políticas particulares en su gremio. La diferencia fundamental está en la naturaleza de la conducción que ejerce una y otra estructura. Montoneros es una estructura de conducción integral político-militar; las agrupaciones son estructuras de conducción político-sindical que participan en su nivel correspondiente, conducidas por Montoneros en la estrategia de guerra integral.<sup>66</sup>

La JTP, como estructura organizativa, estaba perimida, y debía ser reemplazada por los Consejos de Base sindicales y las agrupaciones de base, agrupadas a su vez en el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico, y sus agrupaciones sindicales regionales o nacionales.

Ahora bien, en esa “guerra integral”, en el año 1975 el contexto hacia las acciones guerrilleras era hostil. En la segunda mitad de 1975, como una consecuencia de las movilizaciones de junio y julio, aumentaron las asociaciones entre el movimiento obrero y la subversión. Desde el punto de vista de los actores enfrentados, se trataba de un esfuerzo claro por parte del sector empresario y la derecha peronista para estigmatizar a los activistas obreros y sociales y colocarlos del lado de la ilegalidad. Desde la intervención al SOIN, los militantes de la Agrupación Alesia se habían agrupado bajo el nombre de “Congreso General de Delegados Navales Zona Norte”, y con esa identidad convocaban a las marchas y movilizaciones. En

---

<sup>64</sup> Movimiento de Liberación Nacional

<sup>65</sup> Idem, p. 14.

<sup>66</sup> Idem, p. 16.



octubre de 1975 publicaron una solicitada en la que enfrentaban la acusación de “subversivos”:

#### QUIÈN ES QUIÈN EN LA INDUSTRIA NAVIERA

Desde hace un tiempo a la fecha, los obreros navales de la Zona Norte venimos soportando una ofensiva de desprestigio y acusaciones bastante bien orquestadas por el empresariado naval (...)

1-Porque el Señor Cnel. Perkas hace acusaciones irreales diciendo que una de las mayores crisis de la industria naval es por el grado de insalubridad otorgada por el Ministerio de Trabajo.

2 – Porque este Señor Cnel. Perkas, que a la vez es presidente de la Cámara de Embarcaciones livianas alega y nosotros desmentimos rotundamente las acusaciones en cuanto que la subversión está metida en los Cuerpos Orgánicos del Sindicato.<sup>67</sup>

Al mismo tiempo que denunciaban esa campaña de “desprestigio”, detallaban toda una serie de incumplimientos patronales, y remarcaron el hecho de que “no dicen nada de las amenazas, persecuciones, torturas y muertes que venimos soportando los obreros navales”. Por lo tanto:

¿Quiénes son los subversivos de la Industria Naval?

Si somos nosotros los obreros, que lo único que hacemos es reclamar nuestros legítimos derechos, o si son los señores empresarios los subversivos que con sus atropellos y arbitrariedades condenan al hambre y a la miseria a los compañeros y sus familias.

La conclusión para la solicitada era clara: “los únicos subversivos en la industria naval son la totalidad de los empresarios que generan situaciones de hambre, miseria y persecuciones”.

Sin embargo, el nivel de estigmatización y de asociación alcanzados entre la guerrilla y el movimiento obrero radicalizado era muy grande. Y ya desde finales de 1974 la asociación a la guerrilla no sólo significaba, para los militantes más expuestos, el riesgo cierto de ser muertos, sino quedar por fuera de una serie de valores que definían una comunidad caracterizada como deseosa de vivir en paz frente a un grupo de agitadores que sólo buscaban la sangre y la violencia.

Esta construcción acompañó el desarrollo de la lucha política. Casi un año antes, ante el atentado contra el Comisario General Villar, las 62 Organizaciones de la CGT publicaron una solicitada en la que este y su esposa eran “un servidor publico y una madre inocente abatidos por el odio de la antipatria”.<sup>68</sup> Condenaban a los autores del atentado calificándolos de “cobardes” que “no tiene lo necesario para ser hombres”, que aplican irracionalmente la violencia<sup>69</sup> como “ya han hecho en el pasado”. Han asesinado a un “servidor público” y

<sup>67</sup> Última Hora 1ª. Edición 2 de octubre de 1975.

<sup>68</sup> Archivo DIPBA, Mesa D (S), Carpeta Daños, Legajo 3002. “Atentado que costara la vida al Comisario general Villar y a su esposa”.

<sup>69</sup> Es interesante destacar que para los autores de la solicitada lo irracional no pasa por su uso (nada dicen en cuanto a la “racionalidad” de asesinar a un enemigo como el jefe de la Policía Federal) sino que lo irracional pasa por lo que hoy las fuerzas de paz de las Naciones Unidas llamarían “daños colaterales”: deberían haber

“golpeado al pueblo argentino”. La forma en la que el atentado es descrito despoja al hecho de toda connotación política: es un combate del bien contra el mal, de quienes “buscan la paz” contra los “mercenarios de la violencia. Esta comunidad está claramente definida: “trabajadores, empresarios, profesionales y Fuerzas Armadas” frente a la “sedición apartida”. Los subversivos no sólo no entran dentro de la comunidad: ni siquiera son argentinos.

Como contrapartida, los montoneros, en el comunicados que, entre otros lugares, distribuyeron en fábricas,<sup>70</sup> dieron una versión diferente:<sup>71</sup> “no hemos hecho sino confirmar la decisión asumida por nuestra organización frente al pueblo de llevar con firmeza las banderas históricas del movimiento Peronista”. El comunicado expresaba también que los Montoneros están en condiciones de “ajusticiar” a sus adversarios políticos: nada ha podido salvar a Villar, “señalado hace tiempo”. ¿Por qué lo han asesinado? Porque ha reprimido a trabajadores y militantes populares, y “cada vez que un conflicto obrero es reprimido, trampeado o desgastado desde el Ministerio de Trabajo, cada vez que se ofrece mucho y se da poco para engañar, los MONTONEROS asumimos junto con nuestro pueblo el compromiso de hacer pagar caras estas traiciones”.

El comunicado montonero, por último, marca claramente las reglas del juego: “A quien nos combate con política le contestaremos con medidas políticas; a quien nos combata con la violencia le contestaremos con la violencia”. Esta frase, que funge como amenaza, merece alguna atención. En primer lugar, intenta ubicar la generación de la violencia en sus adversarios (“si no fueran violentos, no lo seríamos”). Pero, en segundo término y por comparación con la primera, posee una tal vez excesiva sinceridad: de un modo más velado, sin mencionar lo que la mayoría de los grandes antagonistas políticos de entonces hacían (practicar la violencia política), la solicitada de las 62 también amenaza con el castigo y la respuesta (que por otra parte ya venía efectuando) que el comunicado montonero hace mucho más explícito.

El peso de estas estigmatizaciones encontraba un terreno fértil en el accionar de la Agrupación Alesia, aunque durante 1975 seguramente el contexto era distinto:

La repercusión en el astillero fue de jolgorio pues se había reventado a un represor de alto rango y cada vez que actuaba la guerrilla de cualquier signo en alguna opereta exitosa siempre era motivo de festejo. Los mayores te preguntaban o comentaban con gesto cómplice si ¿vos no sabes nada?, otros más incrédulos decían que la explosión se debió a que Villar tendría el yate lleno de fierros y munición propia. De cualquier manera

---

buscado la forma de asesinarlo sin que esto también costara la vida de su esposa. La legitimidad de la violencia hasta el extremo del asesinato, de este modo, está implícita, n dato más para el clima de época.

<sup>70</sup> Este mismo volante fue requisado por los servicios de inteligencia a la entrada de una.

<sup>71</sup> Archivo DIPBA, Mesa D(S), Carpeta Daños, Legajo 3002. “Atentado que costara la vida al Comisario general Villar y a su esposa”.

seguíamos siendo noticia y en aquellos tiempos todo kilombo que sucedía en la zona iba a engrosar la mitología de los navales.<sup>72</sup>

### **Vísperas de la matanza**

Desde el punto de vista de los militantes navales, el *statu quo* alcanzado tras las muertes de Sarroude y Valverde (abril de 1975) fue roto cuando Martín Mastinú, el *Tano*, Aldo Ramírez, La *Fabiana* y otro militante, Jorge Velarde, fueron secuestrados el 5 de noviembre de 1975, a la salida del astillero ASTARSA.<sup>73</sup> Durante su cautiverio el *Tano* y La *Fabiana* fueron torturados con picana eléctrica. Fueron liberados un día después en la zona Oeste del Conurbano, gracias a la movilización generada por sus compañeros, que lograron que miles de vecinos se manifestaran por todo Tigre, mientras los astilleros paraban en su totalidad.

Los testimonios transmiten la sensación física de la sorpresa y el impacto que tuvo el acontecimiento. Carlos Morelli fue el encargado de ir a buscar a Mastinú al lugar donde lo habían liberado:

Lo llevamos a la fábrica. El remise lo paga ASTARSA, estaban cagados en las patas. Nos pagan el remise, nos llevan hasta Hurlingham, o no me acuerdo donde era, y lo trajimos a él. Y después vino Fabiana, pero Chaplin no, Velarde no, creo que se va para la casa.

#### **- ¿Por qué decís que estaban cagados en las patas los de ASTARSA?**

- Porque nosotros tomamos la fábrica, tomamos la guardia y todo el mundo se hacía al costado, todo el mundo se hacía al lado. Es decir, habíamos vuelto a tomar la fábrica.<sup>74</sup>

El peso de las movilizaciones y de la figura de Mastinú se puede medir en el hecho de que fue liberado, junto a sus compañeros, unos días después. No era lo habitual a finales de 1975. El hecho sorprendió a sus mismos compañeros:

Nosotros ya comprábamos que estaban boleta, los cazó la triple A, chau. Y bueno, estuvieron desaparecidos un par de días y, ya te digo, no se a quién vieron estos muchachos... y aparecieron, como a los tres días, arruinados, golpeados, barbudos, flacos, muertos de hambre, se ve que la pasaron mal.<sup>75</sup>

Dos días después del secuestro de estos tres militantes, el día 7, Luis Cabrera, delegado de Acquamarine, sufrió también secuestros y torturas. El 14 de noviembre, una multitudinaria marcha por Tigre y San Fernando, de unas 3500 personas (mayoritariamente obreros de los astilleros) reclamó que cesaran los secuestros.

El secuestro de los delegados navales estaba ya en el marco de una ofensiva generalizada sobre los militantes de base, y en lo que hace la Agrupación, el que “hubieran tocado al *Tano*”

---

<sup>72</sup> Juan Sosa, comunicación personal, 23 de enero de 2005.

<sup>73</sup> Es el mismo día que Agustín Tosco, figura emblemática del sindicalismo clasista y uno de los líderes del Cordobazo, murió en la clandestinidad. Un dato más para entender el clima represivo que vivían los trabajadores en todo el país.

<sup>74</sup> Idem.

<sup>75</sup> Héctor González, entrevista 2003.

mostraba que la situación era muy peligrosa. Luego del episodio, hubo secuestros a otros delegados y militantes metalúrgicos de la zona. “Ni siquiera los navales” estaban ahora a salvo.

Otro cambio cualitativo es que para esa época (fue el caso del secuestro de los navales) los secuestradores a veces actuaban de fajina y mencionaban su pertenencia al Ejército. Al mismo tiempo, en la transición de la represión paraestatal a aquella controlada por las fuerzas armadas, se observan algunos cortocircuitos que no hacen otra cosa que reforzar el clima de violencia que enfrentaban los trabajadores: El comisario a cargo de la comisaría de Tigre, declaró en una causa que “unos meses antes [*del golpe*] la Escuela de Ingenieros de Campo de Mayo por intermedio de su titular el coronel Cambor les hizo saber a todas las dependencias que las mismas quedaban subordinadas operacionalmente bajo el mando de esa área militar (...) Es así que se les impartieron instrucciones de que todos los hechos que tuvieran características subversivas o gremiales serían a partir de entonces, refiriéndose al mes de febrero de 1976-, tarea específicamente militar en la que no tendría injerencia el personal policial”.<sup>76</sup> Pero el grado de violencia que se descargaba por las agrupaciones puede medirse en un cable confidencial de la Embajada de los Estados Unidos, donde bajo el título “Nivel de terrorismo continúa elevado” informaba que “la policía provincial, a pesar repito a pesar de tener órdenes del Alto mando, se está moviendo para vengarse de los izquierdistas locales, trabajadores, estudiantes y otros antagonistas”.<sup>77</sup> CITA

En ese contexto, en el verano de 1976 continuaron los asesinatos de militantes vinculados a Astarsa: mataron a tres y a la esposa de uno de ellos, a la vez delegada docente. Las cuatro víctimas reunían las mismas características: militantes de base muy conocidos en la zona y referentes del Peronismo Auténtico, muy visibles y expuestos, integrantes de las estructuras legales de una organización político militar que actuaba en la clandestinidad.<sup>78</sup>

Por estas acciones la Agrupación no sólo estaba siendo diezmada, sino que enfrentaba un aislamiento creciente. La eficacia de la forma de operar de la derecha y los grupos parapoliciales sobre la militancia de base era tangible. Era muy difícil seguir teniendo apoyo. Los asesinatos de febrero generaron “mucho miedo, porque en Rincón hubo casas donde se guardaron cosas (...) Tenían miedo pero estaba esa cuestión de afecto, de no poder negarse a los compañeros”. El razonamiento era sencillo: habían tocado a gente conocida, querida, protegida e “importante”. Como evoca una militante de la zona, las mujeres de los navales se

---

<sup>76</sup> Causa N° 26144 “Boncio Carlos Ignacio y otros s/privació ilegítima de la libertad”, folios 167 y 168.

<sup>77</sup> (2 de marzo de 1976) de Hugh Woodward, oficial de Relaciones Públicas

<sup>78</sup> *La Nación*, 10 de febrero de 1976.

cuestionaban: “Pucha, si a estos compañeros se los llevan, a nosotros nos van a hacer bolsa”.<sup>79</sup>

Jorge Velarde recuerda los efectos que tuvo el secuestro del Tano, *La Fabiana* y él mismo:

Seguí con mucho miedo trabajando en el astillero. Algunos compañeros rachines me acompañaban hasta tomar el 60. Otros me evitaban por temor. Nuestro secuestro fue un impacto de terror.<sup>80</sup>

Por otra parte, el secuestro de noviembre había afectado profundamente al *Tano*. Sus compañeros lo vieron el día del velatorio de *Titi*, *Hueso* y Rosa, en febrero, pero llegaba a escondidas, y se iba. Otras veces, se dejaba ver por el bar *El Refugio*, en Canal San Fernando, pero inmediatamente lo reconocían: era un sitio muy frecuentado por los obreros navales, y Mastinú una figura conocida y querida: “Se le veía el agobio, pero estaba, para que los de ASTARSA, viejos y jóvenes, lo vieran (...) Gente del astillero, la mayoría veteranos, al entrar y verlo, lo saludaban”.<sup>81</sup> Este encuentro, que se produjo en el verano de 1976, revela la situación en la que se encontraban los militantes sindicales más reconocidos de la zona: figuras públicas y respetadas, aún por quienes podían estar “del otro lado” o no compartir su militancia.

En el caso de Mastinú, la tortura, según sus compañeros, lo había “quebrado”. Pero esa constatación personal. Los cuadros perseguidos y asesinados tenían una fuerza tan importante en estas agrupaciones que las consecuencias excedían a la persona: “Estábamos en retirada, a los ponchazos. El *Tano* ya había sido secuestrado, torturado. Nos descabezaron”.<sup>82</sup>

Mientras tanto, la línea política de Montoneros profundizaba la militarización: a través de los responsables de los trabajadores navales, les advirtió a los militantes de la Agrupación de la inminencia del golpe, y los instó a abandonar el trabajo e incorporarse como cuadros armados a la organización. Algunos siguieron ese consejo.<sup>83</sup> Pero para otros era un dilema:

A nosotros nos llaman, estaba el Tano también, está Huguito Rivas y los muchachos de la Tendencia, de la JTP, a un club que se llama El ahorcado, en Rincón de Milberg, un domingo, para contarnos que según unos datos de inteligencia que ellos tenían, se venía el golpe, podía ser una semana, diez días, dos días, pero ya venía. Así que ellos nos invitaban, porque les habían dicho que éramos de confianza, a que, o nos retiráramos de los lugares, o que pasáramos a la clandestinidad, pero deshaciéndonos de las casas, de las familias no, en general. Pero que nos fuéramos del lugar porque ya se venía la represión, con la continuación de la triple A. Cuando me plantean dejar todo, yo les digo que no, que me iba de la fábrica, que prefería irme por las mías.<sup>84</sup>

<sup>79</sup> María Rufina Gastón, entrevista 2003b.

<sup>80</sup> Jorge Velarde, en Rubén Díaz, *Esos claroscuros del alma*, p. 89.

<sup>81</sup> Jorge Velarde, en Rubén Díaz, *Esos claroscuros del alma*, p. 91.

<sup>82</sup> Carlos Morelli, entrevista 2003.

<sup>83</sup> CET, *Navales*, p.68-70. Carlos Morelli, entrevista 2004.

<sup>84</sup> Carlos Morelli, entrevista 2003.

¿Cómo hacer para “dejar las casas, pero a las familias no”? En el verano de 1976, Héctor González, que también participó en la reunión, estaba distanciado de la Agrupación, aunque mantenía contactos afectivos, familiares y hasta colaboraba en algunas cuestiones con sus compañeros.

Me había agarrado las cosas por otro lado, yo tenía una nena, dormía en una habitación de mi señora, prestado, tenía que cambiar esa situación, entonces yo es como que me dedico más afuera de ASTARSA a laburar, entonces no tengo tiempo para otras cosas. El día que secuestran a mi cuñado salía de ASTARSA y me iba a laburar a la Boca. Salía a las dos de ASTARSA, a las tres y media entraba a laburar en la Boca y llegaba a mi casa esa noche a la una y cuarto. A la una y media de la mañana lo secuestran. O sea, esa era mi vida, empezar cinco o seis de la mañana y terminar el día a las once o doce de la noche porque ya la situación que vivía en mi casa, la nena chiquita, durmiendo en la misma habitación que nosotros, era como que ya había que hacer otra cosa. Entonces yo como ya no voy a tantas reuniones que se hacían fuera del taller, inclusive ahí cerca de casa, viste?, participan los muchachos y yo ya me tenía agarrado la sociedad de consumo (jejeje) me había atrapado.<sup>85</sup>

En ambos testimonios aparece una brecha entre la práctica política y las condiciones de vida de los militantes sindicales. En estos casos, la radicalización del conflicto inclinó la balanza por la preservación individual, en desmedro de una práctica que en ocasiones, como en la propuesta de Rincón de Milberg, planteaba situaciones materialmente muy difíciles de resolver.<sup>86</sup>

Por otra parte esas decisiones se tomaron en un contexto de enfrentamiento armado generalizado donde el espacio para la militancia sindical era cada vez más reducido. Montoneros respondió a la ofensiva de la derecha sobre sus cuadros territoriales y sus cuadros sindicales desde la lógica de la guerra. El conflicto político, para ese entonces, se había reducido prácticamente a un enfrentamiento entre estructuras militares. En octubre de 1975, un mes antes del secuestro de tres referentes sindicales de los navales, un comando montonero acribilló a cinco agentes de la policía provincial en respuesta “a los asesinatos y tortura de compañeros” en un acto de “justicia popular contra los asesinos de la Regional Tigre”.<sup>87</sup>

Pero si en 1973 y 1974 ser parte del frente de masas sindical de los Montoneros era una herramienta de peso a la hora de negociar, esa situación se había revertido. Los militantes sindicales, tras las grandes movilizaciones de 1975, estaban a la defensiva, y las organizaciones guerrilleras a lo sumo podían devolver y “vengar” los golpes que sus militantes más expuestos recibían, pero no protegerlos. Entre el año 1974 y febrero de 1976, en las vísperas del golpe, la Agrupación Alesia, había sufrido el asesinato de cinco militantes,

<sup>85</sup> Héctor González, entrevista 2003.

<sup>86</sup> Ante la orden de dejar la casa, Martín Toledo comenzó a construirse otra en la misma cuadra donde vivía, en las vecindades de astilleros Mestrina. Hugo Rivas fue secuestrado el día que se mudaba a un nuevo domicilio, con dinero de la organización Montoneros.

<sup>87</sup> *Evita Montonera*, Año 1 N° 9 Noviembre 1975, p. 7.

y otros cinco habían sido secuestrados y liberados. Esto de por sí grave estaba acompañado por el hecho de que un escenario que habían controlado entre 1973 y 1974, se había tornado crecientemente hostil, confinándolo a espacios cada vez más pequeños y, a la vez, claramente identificados por la represión. El margen de maniobra político desde la práctica sindical era cada vez menor, pues a la ofensiva la derecha sindical y la Triple A, y en vísperas del golpe militar, los patrones estaban en otra posición para enfrentar un conflicto gremial.

Los trabajadores navales de la JTP, que se habían transformado en vanguardia obrera en 1973, encontraron que en 1976 la fábrica ya no les pertenecía, y que en la calle eran marcados, secuestrados y asesinados. “En Tigre estábamos expuestos en una pecera”, le dijo uno de ellos a una compañera poco antes de dejar la Agrupación.<sup>88</sup>

Carlos o Héctor optaron por refugiarse en su trabajo y en sus familias. Pero sus viviendas y entornos eran conocidos (el club donde se hizo la reunión para invitarlos a militarizarse era el mismo reportado por la inteligencia durante la toma de Mestrina). Lo constatarían pocas semanas después, cuando el Ejército y la Prefectura los fueron a buscar al astillero y a sus casas.

Ese último golpe a la militancia sindical coronó un proceso de violenta lucha política iniciado tres años antes, en 1973, a lo largo de los cuales la militancia sindical apeló a las formas de la lucha armada en el particular escenario del mundo obrero. Ya un mes después del golpe, en abril de 1976, un documento de la Policía de la provincia de Buenos Aires informaba sobre la situación de la “guerrilla fabril”. Este era el panorama para los astilleros de Tigre y San Fernando:

En esta zona la guerrilla fabril se halla accionando fundamentalmente en los Astilleros, siendo el líder en este ramo ASTARSA, siguiéndole en importancia MESTRINA, luego PAGLIETTINI, ORTHOLAN, etc. (...) En la actualidad las OPM ERP y MONTONEROS se hallan en plena reorganización, ya que sus integrantes, especialmente a nivel superficie, han sido detenidos, y los restantes se hallan prófugos pasando directamente a la clandestinidad. Hasta la fecha no se han producido acciones de tipo militar, desde el cambio de gobierno, con excepción de un volante; no obstante se prevén en fecha próxima hechos de mayor magnitud.<sup>89</sup>

No nos ocupamos aquí de la represión iniciada el 24 de marzo de 1976 pues esta implica otra escala en el proceso que intentamos brevemente iluminar. Este abarca algo menos de tres años, desde la creación de la JTP, sus adaptaciones como frente de masas de la guerrilla montonera para llegar a su destrucción a manos de la represión. En ese lapso, encontramos que la utilización de la violencia fue parte de las formas de lucha entre las que optaron los

---

<sup>88</sup> Rubén Díaz, *Esos claroscuros del alma*, p. 91.

<sup>89</sup> Archivo DIPBA, Huelgas y conflictos, Mesa B , D(S), Carpeta varios, legajo 20.026 “Requerimiento formulado por el Director de Asuntos Policiales e Informaciones M. Interior”.



trabajadores durante la década del setenta, por ejemplo frente a situaciones políticas de estancamiento en las que esta permitía una salida. La lucha de la Agrupación Alesia aparece como una combinación de formas violentas y no violentas como partes integrales de una misma práctica política, en las que la creciente radicalización estableció una tensión entre formas más afines al sindicalismo clasista y otras propias de una organización armada. Las decisiones fueron tomadas por los actores al calor de una época vertiginosa y violenta. Esto no es señalado con fines exculpatorios, sino sencillamente con la idea de apuntar el necesario trabajo de contextualización para comprender las prácticas de una época en la que los trabajadores fueron sujetos de su historia. Esta idea es central para romper, por ejemplo, aquellas visiones que plantean la lucha armada como “injertada” en la práctica obrera. Durante el trienio analizado, asistimos más bien a la conformación de una nueva forma de lucha sindical, abortada de raíz por el enfrentamiento armado hasta 1975, y por el terrorismo de Estado desatado por lo menos un año antes del golpe de 1976.